

IMPACTO TEMPRANO DE LINZ Y TARDÍO DE JUAN SOBRE UN NO DISCÍPULO

IGNACIO MOLINA (1)

Es imposible no sentirse un poco intruso en este número especial de la *Revista* dedicado a la memoria del gran Juan José Linz en el que participan sus alumnos, sus compañeros y quienes tal vez no se les pueda adscribir a ninguna de esas dos categorías, pero sí pertenecen a la de figuras consagradas de la Ciencia Política o de la Sociología. En cambio, yo no era su discípulo ni su amigo, y mi vanidad está suficientemente controlada como para pensar que mi opinión sobre el maestro desaparecido pueda por sí misma tener un interés especialmente relevante para nadie. En circunstancias normales, yo no me habría sentido llamado a terminar estas líneas para su publicación. Y digo terminar porque lo cierto es que empecé a escribirlas de forma espontánea al día siguiente de su muerte. En otoño de 2013 se cumplían exactamente veinticinco años desde la primera vez que yo había escuchado hablar —de boca del profesor que en aquel momento me enseñaba Introducción a la Ciencia Política— sobre el gran magisterio de Linz. Y un cuarto de siglo es un tiempo suficientemente redondo como para que la noticia de una pérdida de ese calibre estimule la reflexión sobre el inquietante paso del tiempo y sobre los recuerdos acumulados a lo largo de mi camino recorrido, ya no tan corto, como politólogo.

Lo que escribí entonces era solo un borrador apresurado que surgía a modo de terapia para afrontar la súbita melancolía que me sorprendió aquella mañana, y no un texto que mereciera la pena publicar. Si finalmente cambié de opinión y hoy ven la luz estas líneas se debe —además de a la insistencia afectuosa y firme de quien impulsa este homenaje— a que me he terminado

(1) Profesor Contratado Doctor de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid.

convenciendo de que mi visión puede resultar valiosa en esta obra colectiva, precisa y paradójicamente, por carecer a *priori* de valor. Al fin y al cabo, y siguiendo la reflexión de Houchang E. Chehabi acerca del interés que tiene dejar testimonio de nuestro punto de vista sobre Juan Linz para quienes en el futuro se dediquen a investigar la trascendencia de su obra, puede ser revelador conocer la reflexión de un académico español *estándar* con respecto a él: alguien que no fue alumno suyo ni compartió el mismo objeto de investigación (aunque matizaré esto más adelante) y que, sin embargo, no ha dejado de estar acompañado por su presencia constante, a mayor o menor distancia, durante toda su vida profesional. Fue tan profundo ese impacto que resultaba imposible sustraerse a su influjo intelectual, y fueron tan reiteradas las veces en que se cruzaba con mi propia trayectoria, que al final acabó por plasmarse en una relación que incluso puede calificarse como algo cercano a lo personal.

Como acabo de decir, descubrí a Juan Linz a los pocos días de empezar a cursar la Licenciatura de Ciencias Políticas y de la Administración. Tenía sólo 17 años y asistía a mis primeras clases en la Universidad de Granada. Me pareció muy llamativo escuchar hablar de la misma persona en distintas asignaturas: Ciencia Política, Historia Contemporánea, Sociología. Es muy posible que otros autores —como Karl Marx, Alexis de Tocqueville o Max Weber— se repitieran igualmente con ese carácter interdisciplinar, pero Linz tenía la particularidad de estar vivo. Un clásico vivo que enseñaba en la Universidad de Yale, que unos años antes había merecido la investidura como Doctor *honoris causa* en esa misma Universidad a la que yo acababa de llegar (Linz 1977) y que, además, era español. Puede que incluso fuera granadino, pensaba yo, a juzgar por la mezcla de admiración y familiaridad con que lo trataban José Cazorla o Miguel Jerez y por el hecho de que algunas de las obras citadas en aquellos apuntes de primero de carrera versaban sobre la estructura social de Andalucía (Linz 1970). ¿Quién podría tener un interés científico sobre mi tierra si no fuera por el hecho de haber nacido en ella? Linz aparecía entonces a mis ojos como una suerte de Federico García Lorca que tenía el mérito de haber conseguido identificar y proyectar internacionalmente la importancia de una realidad que para mí era local, muy cercana, incluso vulgar. No recuerdo si sentí decepción o más bien una sorpresa positiva cuando supe que la auténtica razón de aquellos trabajos era la infinita curiosidad de su autor, y no un *granadinismo* inexistente.

Sí tengo claro que fueron dos circunstancias las que poco después me convencieron definitivamente de su grandeza. La primera fue lejos de casa, en el curso 1992-1993, disfrutando de una modesta beca Erasmus en la Universidad de Siena, cuando me sorprendió escuchar también a Maurizio Cotta hablando continuamente de Linz en sus clases y que fuese además el único

español, tal vez junto a José Ortega y Gasset, que pude encontrar entre las abundantes referencias del manual italiano de la asignatura. La segunda fue justo a mi regreso, cuando estaba a punto de licenciarme y acababa de obtener una beca de iniciación a la investigación que inauguraba mi vida académica. Mi tutor era Manuel Zafra, quien había ido atemperando su marxismo original gracias a la amplitud de miras que otorga el haber leído de verdad a los gigantes de la disciplina y que, entre sus recomendaciones de lectura, me incluyó el entonces reciente discurso de Juan Linz (2014 [1992]) con ocasión de su nombramiento como Doctor honoris causa por la Universidad Autónoma de Madrid (UAM). Teniendo en cuenta la célebre longitud de sus trabajos y la escasa propensión de un estudiante con poco más de veinte años a acudir a los textos originales, es muy posible que aquella fuese la primera vez que yo leyera directamente, sin que mediara ninguna interpretación ni resumen, un texto completo suyo. Me impactó mucho ver cómo problematizaba sobre la democracia. Tanto que mucho tiempo después, con ocasión del acto académico en su memoria que en enero de 2014 organizamos en la UAM, viví con cierta emoción el haber impulsado desde el Departamento de Ciencia Política la reimpresión de aquellas palabras.

Quiso la fortuna que muy pronto, creo que a finales de 1993, le conociera personalmente. Yo estaba recién aterrizado en Madrid para comenzar el Máster de Ciencias Sociales en el Instituto Juan March, de cuyo Consejo Científico Linz era miembro. Así que, con ocasión de una de sus reuniones, vino desde New Haven y saludó al puñado de becarios que estábamos por allí. Tal vez por ese impacto temprano que me había producido oír su nombre cinco años antes, cuando yo era apenas un adolescente y empezaba a descubrir en qué consistía eso de la Ciencia Política, solo pude verle como un venerable pope. Al fin y al cabo, estaba para mí en el mismo altar que Robert Dahl, Seymour Martin Lipset, Stein Rokkan o Giovanni Sartori. Tal vez incluso colocado en un retablo más distinguido que los anteriores, en ese lugar donde se encuentra el santo patrón al que uno acude preferentemente por resultarle más próximo. Él era el director de tesis doctoral de algunos de los investigadores del Instituto, como Roberto Garvía o Elena [*Nané*] García-Guereta, por quienes yo sentía una peculiar mezcla de envidiosa admiración y de reproche por lo que a mí me parecía casi una irreverencia. Tal vez hubiera podido imitarles y diseñar un proyecto que cayera bajo alguno de los muchos campos que Linz dominaba. No lo hice. Visto desde la perspectiva actual, y constatando que siguió supervisando tesis durante veinte años más —es decir, hasta el momento mismo de su muerte—, me sorprende mucho el haberle descartado de forma tan natural y rápida como posible director. Podría haber sido seguramente diferente si por aquel entonces no hubiese

sabido tanto de él como ya sabía. Si hubiese tenido esa audacia que es incompatible con la idolatría. Tal vez le vi demasiado docto, incluso demasiado mayor o demasiado lejano. Es verdad que, como suele recordar Julián Santamaría, Linz era ya considerado en España un sabio fascinante desde finales de los años cincuenta, y obviamente eso no impidió a otros muchos acercarse a él. Incluso después de haber obtenido el Premio Johan Skytte, que supone una especie de premio *nobel* de la Ciencia Política, continuó admitiendo nuevos estudiantes. Pero a mí me pareció inalcanzable, inconcebible. Eso sí; mientras yo le miraba hacia arriba desde mi pequeñez, algún compañero (sobre todo en las promociones posteriores) adoptaba la pose contraria. Nada personal, por supuesto. Más bien la pretensión dogmática de que la mejor ciencia social era incompatible con el saber erudito y sintético, con el matiz, con la profundización histórica para comprender mejor uno o muchos casos. El atrevimiento, en efecto, puede ser muy ignorante.

Durante mis años posteriores en el Instituto Juan March apenas tuve relación directa con él, y es posible que solo le volviera a ver fugazmente un par de veces. Por lo demás, interesado como yo estaba por investigar sobre el proceso de integración europea —un tema que no se encontraba entre las prioridades del Instituto y que casa mal con las regresiones y el *chi square*—, yo quedaba al margen de las grandes ligas epistemológicas que disputaban por allí quienes defendían la superioridad de la hipermodelización formal y los que creían en una Ciencia Política donde siguieran conviviendo empiria cuantitativa y contextualización narrativa. A pesar de asistir como mero espectador a esos torneos, hubo una afinidad electiva que me llevó a trabar relación con los profesores adscritos al segundo enfoque, de clara estirpe linziana: desde luego José Ramón Montero y, junto a él, Richard Gunther o Leonardo Morlino, con quienes colaboré en algunas investigaciones. También algunos más jóvenes como Dimitri Sotiropoulos o Robert Fishman. Fue un modo indirecto de seguir en contacto con Linz: siempre referente, pero en la lejanía.

Recuerdo bien tener esa sensación de referente cuando vi su nombre junto al de mi director en un libro que seleccionaba al puñado de grandes figuras de la Política Comparada (Daalder 1997). Ahora, en plena resaca de la crisis del euro, puede parecer chocante, pero el análisis de la compleja dinámica de relaciones entre la Unión Europea (UE) y sus Estados miembros, a la que yo dedicaba mi tesis doctoral bajo la supervisión del también añorado Vincent Wright, no acababa de resultar completamente prestigioso o sofisticado en aquel centro a mitad de los noventa. Y debo confesar que en esos momentos de dudas juveniles, tan propicios a las inseguridades sobre si uno ha errado sus elecciones académicas, me tranquilizó mucho ver sus dos nombres jun-

tos. Una especie de confirmación de que mi temática o mi director estaban a la altura. De que esa Política Comparada que a mí me interesaba podía alcanzar el nivel de calidad que marcaba su presencia en aquel volumen. Algo parecido me ocurrió más tarde para convencerme o para probar que la buena ciencia social no es incompatible con la transferencia de conocimiento o con el saber prescriptivo. Constatar que el gran Linz nunca estuvo confinado en ninguna torre de marfil y que a lo largo de su vida había fundado empresas de demoscopia, realizado informes de finalidad aplicada o colaborado con *think-tanks* me ayudó a valorar esa dimensión del trabajo académico a la que yo también empecé a dedicar parte de mi tiempo. Y, por ridículo que suene el intentar comparar su monumental obra con la mía, incluso hice un poco mía su confesión de que no había publicado demasiado en las revistas científicas indexadas porque, ocupado por múltiples encargos de capítulos de libro o preparando su asistencia a varios congresos, casi nunca tuvo su agenda libre para planificar un artículo desde el principio y compatibilizar las múltiples reescrituras y versiones a las que era tan propenso con la rigidez que supone la evaluación anónima. Incluso su figura sirvió como referente de autoridad para animarme a terminar Derecho; una segunda carrera que yo había en efecto comenzado, aunque dejado a medias cuando salí de Granada para hacer el doctorado. Linz era Premio Príncipe de Asturias y por tanto suficientemente célebre como para ser conocido por mi padre, que era profesor de Historia y que en su momento me regaló un librito en el que Linz (1994) era entrevistado por su esposa, Rocío de Terán. Al dármele, me subrayó que en el formidable currículum del personaje constaba una doble licenciatura en Ciencia Política... y Derecho. Le hice caso a mi modo, de forma tardía, cuando tristemente mi padre ya no vivía, sin que pudiera comprobar que había comprendido el mensaje que me mandaba a través de ese pequeño regalo y que ya tenía aquel otro título que sólo resultaba útil para satisfacerle.

Pese a esos guiños —aunque más bien habría que decir: como demuestran esos guiños—, Linz seguía siendo para mí un lejano profesor. Gracias a una beca Fulbright pasé año y medio en la Universidad de Harvard, bastante cerca de la de Yale, sabiendo que él estaba allí y, a diferencia de tantos otros españoles que antes no concebían estudiar en Estados Unidos sin visitarle, nunca me planteé hacerlo. Tal vez un signo normalizador de que aquellos eran mejores tiempos para las ciencias sociales españolas y que el vínculo con las universidades norteamericanas ya no pasaba exclusivamente por su cátedra. Pero, en todo caso, signo también de que mi relación con él nunca fue la de discípulo, ni mucho menos la de colega. Y esa admiración distante no hizo sino agrandarse cuando fui contratado como profesor ayudante por la UAM, la misma universidad en la que Linz había sido efímero catedrático

y en la que había pronunciado aquel discurso que tanto me impresionó. Durante diez años, mis asignaturas fueron Introducción a la Ciencia Política y Sistema Político Español, lo que me obligaba a incluirle en los programas, a citarle en clase, a debatir con los alumnos sus tipologías, a preguntar por él en los exámenes. Linz estaba definitivamente en otra dimensión. Es verdad que a través de José Ramón Montero, que había terminado de dirigir mi tesis empantanada a la muerte de Vincent, siempre se mantuvo una conexión. Pero seguramente eso no sirvió para atemperar la distancia. Mi segundo director me ayudó a seguir teniendo presente a Linz, subrayando la importancia de sus aportaciones, contándome sus propias conversaciones con él o narrándome con detalle la *laudatio* que había pronunciado en Nueva York con ocasión de la entrega del Premio Nacional del Centro de Investigaciones Sociológicas (Montero 2006). Pero es evidente que no era la persona más propicia para que yo pudiera desmitificar a quien él mismo tanto admiraba. Y, mientras tanto, la ciencia política que yo practicaba seguía por sus propios derroteros sustantivos, relativamente solitarios, alejados de los que cultivaban ambos.

Como ya he sugerido antes, debo confesar mi relativa frustración porque la temática a la que yo me he dedicado no esté más presente en la obra de Linz (lo que, por cierto, tal vez haya influido en que tampoco sea una prioridad intelectual de José Ramón, impidiendo que los dos hayamos podido trabajar más estrechamente). Es verdad que entre las mil especialidades de Linz se encuentra el estudio del poder ejecutivo —a cuyo funcionamiento yo también he dedicado alguna investigación—, pero él prefería hacerlo desde una perspectiva distinta, en la que primaba el análisis de elites y del liderazgo. Aún menos conexión directa existe entre su trabajo y mis otras dos principales líneas de investigación: la europeización y la posición internacional de España. En cierto sentido resulta chocante, porque son dos objetos que parecen idóneos para haber atraído su interés. Por lo que respecta a la integración europea, pocos académicos pudieron tener mejor perspectiva para comprender su origen y desarrollo. Por un lado, está su propio paneuropeísmo, a caballo de los mundos latino, germánico y anglosajón: él se sentía sobre todo español, pero es igualmente posible considerarle alemán, como subraya Emilio Lamo de Espinosa, e incluso un buen ejemplo de universalismo académico, que es como prefiere mirarle José Álvarez Junco. Por otro lado, y aún más importante que esa supranacionalidad personal y profesional, puede considerarse su conocimiento detallado de los desastres de la guerra, del nacionalismo extremo o del totalitarismo, así como la importancia que concedió a los buenos diseños institucionales (en especial, el parlamentario y el federal) para impedir el mal gobierno, hacer posible la convivencia por encima de las identidades más primordiales y proteger la de-

mocracia. Al fin y al cabo, todo ello entronca a la perfección con la principal problemática intelectual que subyace tras los estudios europeos. Es más, la presencia del continente en su obra es tan abundante y diversa que incluye el tratamiento de desarrollos políticos en casi todos sus rincones: Alemania, toda la Europa mediterránea, el viejo espacio austro-húngaro, Escandinavia, los países bálticos, Turquía, etc. Y, sin embargo, Bruselas no es un foco de poder que mereció su atención.

Tampoco lo fue el papel y el lugar de España en la política internacional y europea. Entre el ingente trabajo que dedicó al caso español y su reconocido esfuerzo por regularizar su tratamiento politológico —huyendo cuanto pudo del recurso perezoso a la excepcionalidad o al esencialismo—, puede parecer llamativo que no se ocupara directamente de la expresión más clara de la normalización europea de nuestro país; esto es, de su política exterior occidental y de la adhesión a la UE plasmadas en el célebre «España en su sitio», conseguido a partir de la Transición. Pero que Linz no estudiara explícitamente estas cuestiones no quiere decir que no nos ayudara, que no me ayudara a hacerlo mucho mejor. Como ha dicho uno de sus doctores (De Miguel 2014), su impronta puede producirse aunque a veces uno mismo ignore su influencia. Y sería mucho más difícil abordar mis objetos de estudio sin que, tal vez de forma inconsciente, no haya estado subido en todo ese tiempo a sus hombros de gigante. Sobre la base de sus trabajos imprescindibles sobre la modernización de España y las dificultades para superar el autoritarismo o sus conflictos políticos más extremos; sobre los problemas de la consolidación institucional de su Estado y la construcción de su identidad nacional (o plurinacional); o sobre los principales retos para mejorar la calidad de su democracia, ya sea en la conciencia y actitudes de sus líderes o a través de una sociedad civil más vertebrada y autónoma en la defensa de sus preferencias e intereses. Porque España tiene sus peculiaridades y dificultades, por supuesto, pero no más que otros países, de modo que analizarla en un contexto más amplio es la mejor manera de impedir el catastrofismo y poder situarla en sus verdaderas coordenadas internacionales.

Y cuando resultaba ya indiscutible la importancia de ese influjo antiguo, duradero y profundo de Linz, fue cuando se produjo el descubrimiento de Juan. Ese encuentro con la persona —oculta para mí, hasta entonces, bajo la cobertura del profesor— trae seguramente causa de haber conocido hacia 2007 a dos de sus discípulos más jóvenes. Por un lado, Xavier Coller, que me había invitado a dar unas clases en la cátedra Príncipe de Asturias de la Universidad de Georgetown y que, con una naturalidad parecida a la de un hijo, me hablaba de sus visitas desde Washington a Nueva Inglaterra para visitar a Juan (y a Rocío). Por el otro, Thomas Jeffrey [Jeff] Miley, compa-

ñero de mi mujer como investigadores en el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, quien me trajo la imagen fresca de un Linz aún activo y que, con esa vitalidad y curiosidad que atesoraba, leía las mismas noticias de prensa que yo sobre, por ejemplo, la reforma del Estatuto de Autonomía de Cataluña que se estaba produciendo en aquellos momentos. Nada seguramente extraordinario, pero en cualquier caso muy humanizador. El propio Jeff estaba entonces trabajando junto a José Ramón en una tarea hercúlea: la selección y edición en español de los mejores trabajos de Linz (2008-2013). Fueron estas *Obras Escogidas* las que acabaron propiciando mi relación académica más profunda con el personaje. Y no ocurrió en ninguna publicación de particular profundidad o mérito, sino en dos piezas menores: la larga reseña que escribí en la *Revista de Estudios Políticos* cuando se publicaron los dos primeros volúmenes (Molina 2009) y la reseña algo más corta que apareció en la *Revista Española de Ciencia Política* cuando se culminó la colección (Molina 2014). Pero estos modestos trabajos —eso sí, tomados en serio— sirvieron para que me zambullera por completo en su biografía y en su bibliografía. Para que adquiriese conciencia cabal de la enormidad de su legado. Para que leyera a los comentaristas que antes le habían glosado o elogiado. Y también a quienes le criticaron. En algunos casos con burdos prejuicios ideológicos; en otros alimentando el lógico y necesario debate científico, pues, como se ha señalado acertadamente, su obra exige respeto, pero no asentimiento continuo. Siempre habrá en ella materia discutible, y sería hacerle un flaco favor al propio autor, además de una muestra de estulticia, plantear una rendición incondicional a sus tesis (Núñez Florencio 2009).

Pero si Linz ha pasado definitivamente a formar parte de mi bagaje más personal se debe a que aún tuve el regalo inesperado de reunirme con él poco antes de que nos dejara, en su último invierno. He contado en una pequeña tribuna de prensa (Molina 2013) la emoción de aquel encuentro, que fue posible gracias a haber coincidido con Jeff Miley en un seminario sobre independentismo catalán que se celebraba en Harvard y a que yo había alquilado un coche para conducir, junto a mi amigo Eduard Vallory, desde allí hasta Nueva York, donde me esperaban mi madre y mi hermana. Jeff quería aprovechar la cercanía de Massachusetts a Connecticut —la misma que yo había ignorado cuando viví allí unos años antes— para verle antes de regresar a la otra Cambridge, donde ahora enseña. Todo se confabuló para que compartiéramos carretera. Fue la primera y única vez que disfruté de la liturgia de una visita a aquella casa mítica en el pueblecito de Hamden. Tantas veces había leído y escuchado en qué consistía, que todo resultó ser exactamente como había imaginado, aunque en una versión demasiado corta porque una colosal nevada nos había retrasado y ya caía la tarde. Allí estaban los mil libros que

atestaban la sala, los recuerdos de España colgados en las paredes, el lago o quizás estanque en el jardín posterior de la casa donde saltaban las ardillas, las atenciones de Rocío de Terán. Juan estaba sentado en el mismo sillón en que le había visto en el vídeo proyectado durante el congreso mundial de la International Political Science Association, (IPSA) celebrado en julio de 2012 en Madrid. Al poco rato estábamos charlando con un café sobre la actualidad política o sobre la mejor manera de entrar en Manhattan por una *parkway* mucho más agradable que la autopista. Y entonces, tratando de presentarme para no resultarle del todo remoto, el profesor Linz quiso hacer de Juan y se esforzó por demostrarme que sabía quién era: el autor de una reseña que le había gustado mucho; el compañero de José Ramón en la UAM; o el investigador del Instituto Elcano, de cuyo patronato él era miembro y cuyas publicaciones aseguraba seguir. Meses más tarde, cuando ya nos había dejado, su viuda Rocío me dijo lo mismo. Que incluso a veces releía aquellas pequeñas piezas que yo había dedicado a su marido y que se emocionaba haciéndolo.

Por supuesto, había en todo aquello mucho de cortesía generosa; una educación y un afecto que no eran necesarios, pero que retrataban la gran talla humana de la pareja. Y en la medida en que también había una dosis, por pequeña que fuera, de reconocimiento hacia mi persona, aquello me producía una sensación que no sé si calificar como orgullo o incluso estremecimiento por haber podido conectar finalmente con el viejo maestro. Tal vez alguien crea que es un sentimiento exagerado. Pero será quien no ha escuchado la reverencia con que antes mencionaron su nombre tantas personas influyentes en una vida: sus primeros profesores de ciencia política, el director de su tesis, su propio padre. Parafraseando uno de los trabajos más célebres del propio homenajeador (Linz 1973), fue ese impacto temprano del profesor, alimentado luego a lo largo de los años y culminado al final en un encuentro tardío con la persona, el que seguramente explica la tristeza que me invadió aquella mañana del 2 de octubre de 2013, cuando supe de su fallecimiento. O el sobrecogimiento que me causó leer horas más tarde un mensaje colectivo de Alfred Stepan que acababa de circular y en el que contaba cómo fueron las últimas horas en el hospital de su viejo amigo, que había seguido en activo hasta el final escribiendo y corrigiendo un último artículo sobre las monarquías parlamentarias. Recuerdo que necesité compartir mi duelo con César Colino, sabiendo que en él encontraría un sentimiento parecido. El sentimiento de quienes no fuimos directamente linzianos, pero lo somos necesariamente de forma indirecta por haberle estudiado y por haber sabido apreciar su enorme aportación a las ciencias sociales universales y, muy en particular, a las españolas. Por eso, junto a las demás piezas de este home-

naje que no necesitan mayor justificación, es posible que haya sitio para esta contribución a su memoria. Porque precisamente las dimensiones de su magisterio se perciben mejor constatando el impacto que produjo en quien no era su discípulo y solo muy de refilón, de forma postrera, pudo llegar a ser algo parecido a un compañero de profesión. De esta bella profesión que él tanto engrandeció.

REFERENCIAS

- DAALDER, Hans, ed. 2007. *Comparative European Politics. The Story of a Profession*. Londres: Pinter.
- DE MIGUEL, Jesús. 2014. «Los doctores de Juan J. Linz», en esta misma *Revista*.
- LINZ, Juan J. 1970. *Elites locales y cambio social en la Andalucía rural. Estudio socio-económico de Andalucía*. Madrid: Estudios del Instituto de Desarrollo Económico.
- 1973. «Early State-Building and Late Peripheral Nationalisms against the State», en Shmuel N. Eisenstadt y Stein Rokkan, eds., *Building States and Nations: Models, Analyses, and Data across Three Worlds*. Beverly Hills: Sage; y en el volumen 2 de las *Obras Escogidas*.
- 1977. «Tradicición y modernización en España», *Discurso en el acto de investidura de Doctor honoris causa por la Universidad de Granada*. Granada: Universidad de Granada; y en el volumen 7 de las *Obras Escogidas*.
- 2014 [1992]. «Los problemas de las democracias y la diversidad de las democracias», *Discurso de investidura de Doctor honoris causa por la Universidad Autónoma de Madrid*. Madrid: Ediciones de la UAM; y en el volumen 4 de las *Obras Escogidas*.
- 1994. *La sociología: hablando con Juan J. Linz*. Madrid: Acento Editorial.
- 2008-2013. *Obras Escogidas*, editadas por José Ramón Montero y Thomas Jeffrey Miley. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- MOLINA, Ignacio. 2009. «Recensión de Juan J. Linz, *Obras Escogidas*». *Revista de Estudios Políticos* 143: 228-244.
- 2013. «El gran sabio de la democracia». *ABC*, 3 de octubre de 2013.
- 2014. «Recensión de Juan J. Linz, *Obras Escogidas*». *Revista Española de Ciencia Política* 34: 225-229.
- MONTERO, José Ramón. 2006. «Laudatio de Juan J. Linz». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 114: 155-169.
- NÚÑEZ Florencio, Rafael. 2009. «El magisterio de Linz». *Revista de Libros* 149: 6-8.